

Recibido: 18/7/2016
Aceptado: 11/1/2017

La intimidad en el proceso psicoanalítico

Luis Kancyper

Asociación Psicoanalítica Argentina

RESUMEN

En este trabajo el autor presenta tres nociones psicoanalíticas relacionadas con el tema de la intimidad en el proceso analítico desde la clínica, la técnica y la metapsicología:

a) Las “autoimágenes narcisistas”: sus manifestaciones y transformaciones que comandan la construcción anímica de la “identidad íntima” (Freud, 1926 b, p.264).

b) La importancia del tema de la amistad escasamente desarrollado en el psicoanálisis, como un otro eje clínico significativo para examinar los efectos suscitados por una intimidad no intimidante en las dos dimensiones intrapsíquica e intersubjetiva: “Amarás a tu amigo-prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18).

c) “Amistad de transferencia” para diferenciarla del amor de transferencia y de las otras transferencias: edípica, narcisista y fraterna que se presentifican durante un proceso analítico.

Kancyper señala que la amistad de transferencia opera como un indicador clínico particular que se manifiesta cuando se genera una atmósfera de intimidad, confianza y franqueza profundas en el campo

ABSTRACT

In this paper the author presents three psychoanalytic notions related to the subject of intimacy in the analytic process from clinical, technical and metapsychological visions:

a) The “narcissistic self-images”: their manifestations and transformations that command the psychic construction of “intimate identity” (Freud, 1926 b, p. 264).

b) The importance of the theme of friendship, poorly developed in psychoanalysis, as another significant clinical axis to examine the effects of a non-intimidating intimacy in both intrapsychic and intersubjective dimensions: “You shall love your friend-neighbour as yourself” (Leviticus 19:18).

c) “Transference-friendship” to differentiate it from the transference-love and the other transferences: Oedipal, narcissistic and fraternal, which are present during an analytical process.

Kancyper points out that “transference-friendship operates as a particular clinical indicator that manifests itself when an atmosphere of intimacy, confidence, and deep frankness takes place in the dynamic field between analysand and analyst and, as a consequence, it allows to make con-

dinámico entre analizante y analista y suscita, como consecuencia, hacer conscientes ciertos deseos reprimidos y escindidos que por dolor, culpa o vergüenza habían sido acallados secretamente, al infligirle al analizante una intolerable vejación psicológica.

La dinámica fluctuante de la amistad de transferencia suele marcar dentro de las diversas fases de un proceso analítico la apertura de un acceso: la aventura de inmersión en las raíces más íntimas de nuevos aspectos de la verdad histórica del sujeto. Se trata de un momento puntual, en el que suelen manifestarse con coraje y franqueza (Parresía, Foucault, 2010), aspectos encriptados de la vida anímica.

scious certain repressed and split-off desires that due to pain, guilt, or shame had secretly been silenced, as they inflicted on the analysand an intolerable psychological vexation.

The fluctuating dynamics of transference-friendship often signal, within the various stages of an analytic process, the opening of an access: the adventure of immersion in the most intimate roots of new aspects of the historical truth of the subject. It is a specific moment, when are often manifested in a courageous and candid manner encrypted aspects of psychic life (Parresía, Foucault, 2010).

DESCRIPTORES: AMISTAD DE TRANSFERENCIA – IDENTIDAD – INTIMIDAD – PROCESO PSICOANALÍTICO – VERDAD HISTÓRICA – NARCISISMO.

KEYWORDS: FRIENDSHIP TRANSFER – IDENTITY – INTIMACY – PSYCHOANALYTIC PROCESS – HISTORICAL TRUTH – NARCISSISM.

La intimidad en el proceso psicoanalítico

En psicoanálisis –y seguramente no solo en psicoanálisis– la experiencia es la *fuerza* de todo saber. Pero es incapaz de *fundamentar* ningún saber. Esta es la razón por la cual Freud construyó una metapsicología y por la cual quienes vinimos después recurrimos a ella. Metapsicología: conceptos fundamentales del psicoanálisis, en el sentido que decimos los fundamentos para referirnos a los cimientos de una casa, lo que hace que se sostenga en pie con firmeza. El resto de los conceptos no son más que los andamios; cuando el edificio está terminado, se quitan, pues sólo son una molestia que impide el libre acceso al interior.

En medicina, muchos deploran hoy la ausencia de los grandes médicos clínicos, aquellos que palpaban el cuerpo, escuchaban a sus pacientes y no se contentaban con someterlos a una serie de exámenes y análisis de laboratorio.

El nacimiento de la clínica es el título de uno de los primeros libros de Michel Foucault. ¿Tendremos que hablar ahora de la “muerte de la clínica”?

¿Qué hace un psicoanalista? Palpa la psique, el cuerpo sufriente, el cuerpo inquieto, desgarrado, a veces fragmentado de la psique. La psique es un órgano. (Pontalis, 2011, p. 80)

La Metapsicología, término creado por Freud para designar la psicología por él fundada, considerada en su dimensión más teórica, representa el ámbito de reflexión más fecundo para repensar los problemas clínicos.

Abreva de dos fuentes principales: la profundización de los fundamentos teóricos y de la práctica clínica. En estos tiempos regidos por la velocidad, la inmediatez, la tecnología y el desencanto debemos preguntarnos acerca de la eficacia de nuestros modelos teóricos, y a replantearnos si la metapsicología vigente da cuenta de la incidencia de los determinantes sociales y de los recambios de los ideales en las nuevas formas de mutación de la subjetividad.

¿Cómo reconceptualizar y retrabajar la nuevas manifestaciones de la clínica y los nuevos acontecimientos en el interior del corpus de la teoría? La metapsicología, aquella “sabia Bruja”, requiere recrearse permanentemente dado que, en efecto, es fundamentalmente posescritura (*Nacherzählung*) de algo que se ha observado en la escucha clínica. La metapsicología y la clínica son fundamentales, a la vez que diferentes y complementarias puesto que la experiencia clínica sin la metapsicología anda a tuestas, y la metapsicología sin la clínica deviene hueca.

En el caso clínico que presentaré a continuación me adentré por los laberintos de la psique de Agustín para *palpar* sus angustias, síntomas e inhibiciones, intentando escucharlas desde un doble ángulo que pone en evidencia las dos dimensiones que ineluctablemente habitan a la vez en el alma humana: la intrapsíquica y la intersubjetiva, señalando sus respectivas diferencias, tensiones, articulaciones y superposiciones.

El discurso de este paciente me asombró de un modo notable, despertando en mí la necesidad de generar nuevos términos clínicos y metapsicológicos que, como andamios conceptuales, me permitieran fundamentar la dirección de la cura.

A partir de la *palpación* de lo inédito e insólito que irrumpió en mi experiencia clínica en el proceso analítico de Agustín se generaron los siguientes temas:

a) “Amistad de transferencia” para diferenciarla del amor de transferencia y de las otras transferencias: edípica, narcisista y fraterna que se presentifican durante un proceso analítico.

b) Las “autoimágenes narcisistas”: sus manifestaciones y transformaciones que comandan la construcción anímica de la “identidad íntima” (Freud, 1926 b, p. 264).

c) La importancia de la “*Amistad, una hermandad elegida*” (Kancyper, 2014), tema escasamente estudiado en el psicoanálisis, como un otro eje clínico significativo para examinar los efectos suscitados por una intimidad no intimidante en las dos dimensiones intrapsíquica e intersubjetiva: “Amarás a tu amigo-prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18).

Agustín

¡Qué complicados son los cambios psíquicos! Caminan con pasitos titubeantes de bebé. Estas palabras fueron formuladas por Agustín, de 43 años, que había consultado por padecer intensas angustias que se manifestaban a través de un estado depresivo desencadenado, en lo manifiesto, por una atormentada relación de pareja y por presentar, además, constantes dificultades laborales que no lograba resolver.

Agustín inició el tratamiento hace cinco años a razón de tres sesiones semanales. Me había investido desde el vamos en el lugar de sus padres, ante cuyas expectativas sentía no estar “a la altura”, situación que inconscientemente había transferido sobre su mujer, Paula, de 40 años, madre de sus tres hijas.

Por momentos yo ocupaba el lugar de un padre cruel y quejoso, en otros, el de una madre insatisfecha y controladora.

El “estar a la altura de” operaba en el analizante como un ideal tan desmesurado e imposible de ser satisfecho que lo retenía en un compulsivo tejido de comparaciones patogénicas intrasubjetivas e intersubjetivas.

Sin embargo, en el transcurso del segundo año de su proceso analítico comenzó a instalarse de un modo gradual y progresivo una transferencia opuesta a la edípica, fraterna y narcisista, signada por un clima afectivo íntimo, distendido y confortable. Lentamente, las figuras edípicas fueron reemplazadas por otras figuras, los amigos, con quienes mantenía desde su infancia y hasta el presente relaciones cordiales y leales. Agustín manifestaba con dolor la escisión de sus dos funcionamientos psíquicos: con sus amistades compartía un mundo placentero caracterizado por la presencia de una íntima lealtad y correspondencia recíprocas, y otro mundo atormentador había padecido antes con sus padres y ahora con su esposa, ante la cual se posicionaba como un objeto devaluado

al situarla en el lugar de un sujeto autoritario calificador/descalificador que lo exponía a ser puesto a prueba permanentemente. Así, sentía que ante su mujer tenía la obligación de revalidar sus títulos como hombre, bajo la amenaza de la angustia de abandono. En cambio, con sus amigos, recuperaba su forma humana.

A continuación transcribiré cuatro fragmentos de sesiones de Agustín, en los que se ponen de manifiesto cómo se reactivaban las transferencias edípicas y de amistad en sus diferentes vínculos.

Recuperar la forma

P: *Yo tengo dos mundos: uno con mis padres y otro con mis amigos. En uno me siento juzgado y en el otro no. Admito que siempre tuve problemas con la jerarquía. Recuerdo que en el colegio, cuando me tocaba un profesor bueno, era el mejor de todos. Cuando me tocaba uno duro, me costaba más estudiar, pero me preocupaba mucho hasta llegar a ser también el mejor.*

Yo siempre me exigí un montón, y no podía perdonarme si no estaba “a la altura de”. Creo que el perdón alivia. Cuando uno perdona se pierde el vapor de la olla de presión y la presión se libera. Pero a mí siempre me ha costado pedir perdón. Creo que fue por orgullo, porque sería reconocer que me equivoqué en algo, y entonces eso significa para mí que no estoy “a la altura” de ser el mejor. Sería para mí como una especie de caída de mí mismo como Dios, porque perdonarse sería reconocerse a uno mismo que no es un ideal ni un ser divino. El tema es que no me perdono a mí mismo. Tampoco acepto mis debilidades y ser un cobarde en muchas cosas.

Si me perdonara no me diría: “sos un boludo” y no empezaría a buscar el porqué. En cambio yo me ofendo con mucha facilidad. Me pongo tenso y termino culpando a los otros. Creo que esta exigencia mía tiene que ver con las palabras punzantes y con la mirada de odio de mi madre que me taladraban la cabeza. Yo sigo cayendo frente a las cataratas de sus quejas y de sus reproches. Cuando le digo que caigo es que de pronto ella es tan severa e insistente que de pronto me siento aturdido y asustado. Me deja licuado.

A: Si lo deja licuado, pierde en ese momento su propia consistencia y, por ende, su forma.

P: *Sí, no hay duda. ¿Será por eso que antes de verla ya me pongo tenso y a la defensiva? En cambio cuando veo a mis amigos me distiendo con ellos. Con ellos, recupero mi forma.*

Recuerdo que mi mamá le decía a mi papá: sos un flojo; y yo ante Paula me derrito.

Con ella soy blando como una manteca.

Por fuera aparento una cosa, pero por dentro pierdo ante ella mi consistencia, me siento hueco como un pastel de chocolate con merengue, y yo rechazo el merengue. Me produce arcadas.

El test permanente

P: Las cosas con un amigo son como un libro abierto. No hay que aparentar ni ocultar. Con un amigo no hay necesidad de ser otro y uno no tiene que estar “a la altura de”. No hay miedo a decepcionar. A mí no me interesa saber cómo mis amigos me ven. Cada uno tiene su vida y su historia.

Yo siento que el amigo está allí para ayudarme en momentos difíciles. Y es lo que precisamente me falta con mi mujer y con mis padres.

Con mi mujer borro algunos de mis aspectos. Soy menos espontáneo. Siento que ella es para mí como un test permanente. Para mí estar con ella es una prueba y siento que tengo que estar “a la altura de” sus expectativas todos los días. Ella es exigente consigo misma y con todo el mundo. No se puede permitir debilidades. Con un amigo, en cambio, las debilidades de uno hasta pueden ser tomadas con humor y otras, incluso, lo reivindicar a uno. Con los amigos no hay expectativas impuestas. Nadie ejerce presión sobre el otro. Un amigo no presiona, comparte, acompaña. Con ellos es pasar un buen rato, los temas aparecen solos y la manera de tratar los temas es divertida y agradable. Estar con ellos es mirar las cosas con sentido del humor.

En otra sesión comenta:

P: El amigo es para sacarme la presión del crítico interno mío. El amigo desdramatiza, te da un baño de realidad, pero con humor. Pero mi mujer es posesiva. Sólo quiere que me ocupe de sus problemas y trata de aislarme de ellos. Cuando estoy con mis amigos y no con ella me siento culpable. Siempre está comparándose con modelos exagerados. Ella no dice: “me gusta comer frutillas”, dice: “adoro”, “extraordinario”, “brillante”. Y yo, si quiero que me quiera, también tengo que ser extraordinario, brillante y fantástico. Con ella vivo en un examen permanente, con mis amigos no. Con mis amigos me pasa justo al revés. Con ellos tengo valores compartidos, sentido del humor y si las cosas no salen tan bien, no importa. Con ellos lo bueno es ser humano y con mi mujer con ser humano no alcanza, nunca le alcanza lo que soy. Tengo que ser un Superman.

Revalidar los títulos

P: *Para mí estar con un amigo es un lugar distendido, donde no hay prejuicios ni presiones. Recuerdo que en mi adolescencia tenía la sensación de que mi madre metía una suerte de control que me era agobiante. Tenía la sensación de estar metido en una prisión dorada.*

Adentro había de todo y demasiado. Recuerdo que yo me “colgaba”, me “tildaba”, cuando me empezaba a hablar mal de mi padre. Me desconectaba de ella pero quedaba tenso por dentro, sin forma propia. Y así me alejaba de lo que me decía. Por fuera parecía conectado, pero yo no escuchaba. Estaba frío y distante. No la confrontaba. Le tenía miedo y me volvía a colgar. Porque en vez de mandar hacia fuera la corriente de 220 me desconectaba de ella porque temía que me vuelvan 580 voltios con su mirada de odio y con sus palabras de amenaza.

La otra manera que yo tenía para evitarla era estudiar mucho y ser muy agradable. Cuando no le respondía me anestesiaba un poco porque tenía miedo de explotar. Me siento un cobarde porque jamás la he enfrentado.

En vez de explotar me implosiono y me enfermo con frecuencia. Ante ella me siento incapaz y juzgado. Y con mi mujer me pasa casi lo mismo. También con ella siento que tengo que revalidar los títulos.

Ya estoy harto de estar en esta misma situación.

Parece que me paso la vida pegado de un imán a otro imán con las mismas características.

En estos fragmentos de sesiones se pone de manifiesto que entre Agustín por un lado, y los amigos por otro lado, existe lo que Goethe llama *Wahlverwandtschaft*, una afinidad electiva recíproca en la que convergen una multitud de factores, un conjunto complementario de afectos y representaciones: compasión no posesiva, ternura, admiración, alegría, humor, generosidad, confianza, tolerancia, lealtad, bonhomía y respeto por la alteridad, sin descartar la ambivalencia afectiva amor/odio y los juegos de poder que inevitablemente se presentan en todo vínculo humano. Dice el poeta Arturo Serrano Plaja: *Por amistad quiero decir descanso, acogedor albergue, hospedería, burladero interino de la lucha.*

El burladero es una valla que se pone delante de las barreras de las plazas y corrales de toros, separada de ellas lo suficiente para que pueda refugiarse el lidiador burlando al toro que lo persigue. La amistad opera en ese mismo sentido, como un refugio y un descanso que preservan al sujeto de las embestidas originadas en las realidades psíquica y externa y representa, además, un potente antídoto contra el surgimiento del fanatismo.

Resulta elocuente en los fragmentos de sesiones anteriormente presentados la escisión entre el funcionamiento psíquico que Agustín mantenía en sus relaciones con los amigos, y aquel otro tan opuesto que desplegaba con su mujer y padres, en los que se resignificaban de un modo compulsivo sus puntos de fijación inconscientes.

Si bien estas situaciones traumáticas endogámicas se reeditaban en la transferencia, el paciente me investía, además, con evidente preeminencia en el lugar del amigo, configurando una situación analítica singular que denominé amistad de transferencia.

Amistad de transferencia

Recordemos que para Freud:

[...] el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente, y transformarla en un motivo para el recordar, reside en el manejo de la transferencia. Volvemos a esa compulsión inocua y, más aún, aprovechable, si le concedemos su derecho a ser tolerada en cierto ámbito: le abrimos la transferencia como la palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total, y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado. [...]. De las reacciones de repetición, que se muestran en la transferencia, los caminos consabidos llevan luego al despertar de los recuerdos, que, vencidas las resistencias, sobrevienen con facilidad. (Freud, 1914, p. 156).

Agustín entra alegre al consultorio y, antes de recostarse en el diván, me sorprende con una pregunta insólita: “Doctor, ¿qué edad tiene usted?”, y sin esperar mi respuesta se dirige inmediatamente al diván y mientras se acomoda dice:

P: *Siempre me costó atreverme. Yo pensaba que la mirada del otro me va a rebajar. Hoy cuando entré, lo miré y me salió espontáneamente preguntarle acerca de su edad. En otra ocasión le hubiera preguntado con más vueltas para no lastimarlo, para que no piense que la mía es una pregunta indiscreta. Antes yo buscaba justificación a mis preguntas. Siempre antes de venir a la sesión tenía la angustia si usted me iría a sorprender con algo “no previsto.”*

A: Su angustia ante lo imprevisto conmigo ¿tiene alguna relación con el tema de la vergüenza, que surgió al final de la sesión anterior?

P: *Sí, yo siempre fui y sigo siendo vergonzoso y tímido. Yo era muy sensible a las burlas en el colegio. Generalmente no me burlaban, estaba muy bien con mis amigos, pero cuando tuve diez años y me mandaron a estudiar solo a Inglaterra fue mi momento más difícil. Éramos pocos los alumnos franceses y los ingleses nos burlaban diciéndonos que éramos frogs, ranas, porque los franceses comen ranas. Yo sentía que estaba solo sin poder defenderme. No tenía idioma suficiente y se burlaban de mí.*

Tengo suerte de no haber tenido ningún daño físico importante, porque no sé si lo hubiera soportado bien.

Y la verdad me sorprende este tema porque a la vergüenza la tenía siempre escondida en mí y no sé muy bien de dónde proviene. No sé cuál es el mecanismo de la vergüenza. Probablemente la imagen que tiene uno mismo de sí, yo creo que la vergüenza en mí tiene que ver con que yo he sido el elegido de mi madre. Y después mi vergüenza desencadena en mí la timidez con las chicas porque con los amigos no sentía tanta vergüenza. Creo que la vergüenza en mí tiene que ver también con el tema de los miedos. El miedo en mí toma gran parte de mis energías y parte de mi energía está puesta allí por haber sido injustamente el preferido de mi madre.

A: ¿Por qué dice “injustamente”?

P: *Yo digo injustamente porque el preferido tendría que haber sido mi padre para ella, pero no fue así. Me acuerdo que cuando alguien me decía que yo era el preferido de ella me ponía colorado, me daba vergüenza.*

A: Vergüenza para que no se revele el secreto y el pacto que se había establecido entre su madre y usted.

P: *Si bien todo hijo aspira a eso de ser el preferido de la madre a mí me afectó muchísimo todo eso y me daba vergüenza con mi padre, con mi hermano y con la vida en general. Creo que por eso yo tenía un ideal en todo, y pensé que todas las cosas me iban a resultar favorablemente, que todas las cosas me vendrían así fácilmente y por eso sufría tanto cuando no me venían las cosas como yo pretendía. Yo creo que ese también es el drama de mi hija mayor por miedo a desilusionar a la madre. Por eso siempre tuve miedo a decir “no”.*

A: ¿Cuál era entonces el peligro si decía “no”?

P: *Porque la gente puede llegar a decepcionarse de mí. El no es la ruptura de una suerte de lazo de seducción o de la ruptura de un ideal. La peor vergüenza para mí era la de hacia adentro. La de hacia afuera con los demás la tapaba bien.*

A: Entonces, volviendo al comienzo de la sesión, ¿por qué usted quiere saber ahora qué edad tengo yo?

P: *No sé, le pregunté porque de alguna manera cada vez me siento más cercano, más abierto con usted. Algo parecido a lo que yo soy con los amigos.*

A: Bien, entonces dígame qué edad usted considera que yo tengo.

P: *Yo creo que usted tiene entre 45 y 48 años.*

Su respuesta me dejó notablemente perplejo, y luego de una breve pausa le pregunto: ¿Y usted qué edad tiene?

P: *Yo cumplí 43 hace poco. A mí no me hubiera gustado analizarme con una persona mayor.*

A: ¿Una persona mayor de qué edad?

P: *Y.. de 60 para arriba.*

A: ¿Por qué?

P: *No sé, creo que porque de alguna manera es como ponerme en alguna situación de inferioridad y de incomodidad con una persona mayor para hablar de mis temas.*

A: Entonces no va a poder continuar analizándose más conmigo. Tendríamos que interrumpir.

Se sobresalta y me pregunta con un tono asustado y a la vez imperativo,

P: *¿Por qué usted me dice eso?*

A: Porque yo tengo más de 60 años.

P: *No, no puede ser.*

Y estallamos los dos en una risa estridente. Gira su cabeza para mirarme y su cara se enciende de vergüenza hasta el cuello. Deja de mirarme, se tapa la cara con ambas manos y reflexiona con asombro: *“La verdad, me sorprendió muchísimo que usted me hubiera contado una intimidad, pero además (vuelve a reírse), me doy cuenta de que soy bastante malo para adivinar las edades. Me impresiona la diferencia entre su edad real y la que yo me imaginaba.”*

Se hace visera con una mano como para proteger los ojos de una luz demasiado fuerte (pausa).

A: Parece que usted me adjudica una edad más horizontal, yo 46 o 48 y usted 43, como si fuéramos dos amigos de una misma generación... (me interrumpe).

P: *Pero a mi papá no me atrevo a hacerle preguntas íntimas. Cuando le hago algunas preguntas son muy superficiales y él tampoco me las contesta con claridad. Mi padre tiene toda una mística con la historia familiar. No se le puede preguntar. Con él no se puede hablar ni de sexo ni de sus antepasados. Nunca me habló de cuando era joven o chico, como si no hubiese tenido infancia. Él hizo como un borrón de su familia y su hermano es todo lo contrario de él. Mi tío busca la genealogía y yo empecé, hace poco, a buscar la genealogía de mi apellido por internet.*

Las autoimágenes narcisistas

Todo hombre es discípulo de sus
autoimágenes narcisistas.

L. K.

Las autoimágenes narcisistas son soportes figurativos que representan el “sentimiento de sí”, el sentimiento de la propia dignidad (*Selbstgefühl*). Operan como los puntos de partida desde los cuales el sujeto se relaciona consigo mismo, con el otro y con la realidad externa. Intervienen como los referentes constantes que de un modo continuo participan, mediante el *a posteriori*, en la estructuración y desestructuración de su singularidad.

Estas imágenes persisten e insisten de una manera autónoma a la voluntad, y, paradójicamente, el sujeto permanece girando alrededor de sus propias autoimágenes como si estuviese atado a una noria, pues las autoimágenes narcisistas son desconocidas, fundamentales y singulares para cada sujeto. Desconocidas, por estar constituidas por una multiplicidad de procesos inconscientes que permanecen vigentes, desconociendo por lo tanto su valor dinámico. Fundamentales, por ser estructurantes del aparato psíquico. Singulares, porque se resume en ellas la historia que particulariza a cada sujeto, que asimila las autoimágenes y se transforma total o parcialmente sobre el modelo de éstas. Es decir, se identifica: él es tales imágenes.

Las autoimágenes narcisistas son representaciones —encrucijadas que satisfacen al yo la necesidad de encontrar y organizar una figurabilidad de convergencia-coherencia.

En el año 1909 Freud emplea el término imagen viva de sí mismo extraído del *Fausto* de Goethe: Él ve en la hinchada rata, claro está, / la viva imagen de sí mismo (Goethe, *Fausto*, parte I, escena 5). Y describe entonces al *Hombre de las ratas* porque escenifica la representación figurativa que preside a su más íntima identidad en la imagen de una rata

[...] que roe y muerde con sus afilados dientes; ahora bien, la rata no es mordedora, voraz y roñosa sin castigo, sino que, como él lo había visto a menudo con horror, es cruelmente perseguida por los hombres, y aplastada sin piedad. Frecuentemente había sentido compasión de esas pobres ratas. Y él mismo era un tipejo así de asqueroso y roñoso, que en la ira podía morder a los demás, y ser por eso azotado terriblemente. Real y efectivamente podía hallar en la rata la viva “imagen de sí mismo” (p.169).

Por tanto resulta necesario que en todo proceso analítico se pongan en evidencia y elaboren las autoimágenes narcisistas y sus fluctuaciones, que particularizan a cada analizante. Es decir, revelar los procesos inconscientes que han intervenido en la constitución de las mismas y su núcleo de verdad histórica, en singular o en plural, en torno de los cuales se han construido.

Las autoimágenes narcisistas son imágenes clave porque nos permiten descifrar algunos de los procesos psíquicos que funcionan y se combinan entre sí y que comandan la vida anímica de los sujetos. Así, dada su elevada significatividad psíquica, se ubican en el ápice de las escenificaciones imaginarias que identifican a cada ser humano. Son, además, imágenes-detalle porque ponen de relieve el estilo del ser, su intimidad más profunda, su sustancialidad y su autovaloración.

W. Benjamin practicó la pasión por los detalles. Su originalidad se manifiesta en este trabajo de atrapar lo verdaderamente significativo en lo pequeño y en lo trivial. Y el analista, en este mismo sentido, se posiciona como un cazador atento para capturar lo fugitivo de las autoimágenes narcisistas, aparentemente banales, pero que condensan en sí mismas una generosidad representativa que revela, en su microscopía de lo obvio, lo que singulariza a todo sujeto en la hondura de su intimidad.

Estas imágenes-ápice narcisistas son como un aura que irradia luminosidad a su alrededor. Se hallan dotadas de la capacidad de mirar y de mirarse. Parafraseando a W. Benjamin, “Quien es mirado o se cree mirado levanta los ojos. Advertir el aura de las cosas es dotarla de la capacidad de mirar”. Así, al advertir

el aura de las autoimágenes narcisistas se echa luz sobre aquello que subyace en la tenebrosidad de lo inconsciente y que ejerce sus influjos estructurantes y a la vez desestructurantes en la psicología individual y social.

El sujeto, al contemplar la riqueza que se atesora en la pequeñez del detalle de las autoimágenes narcisistas, se hace pequeño y grande a la vez al descubrir un silencioso universo que contiene y expresa la intimidad más críptica de su mundo interior. En este sentido, las autoimágenes narcisistas se transforman en una caja de sorpresas apenas se las registra, y nombran una pluralidad de contenidos psíquicos inconscientes que organizan libretos de realización de deseos: traumas, identificaciones, fantasías, creencias psíquicas y afectos reprimidos y escindidos.

Las autoimágenes narcisistas tienen una capacidad performativa.

Las palabras tienen fuerza material, crean las cosas. Por el solo hecho de decir algo, la acción se realiza. Lo que dice que se va a hacer, o lo que se alega que se hizo, se da por sucedido. En el mismo momento que se enuncia: “yo digo” equivale a “yo hago”. Agustín no dice “soy blando como una manteca” o “hueco como un pastel de chocolate con merengue y yo rechazo el merengue. Me produce arcadas”. Antes bien, es y actúa autoinfligiéndose un tormento visceral a partir de esas representaciones figurativas. Agustín se identifica y autovalora inconscientemente de ese modo y sus acciones se realizan con una fe ilimitada en esas palabras cuya fuerza material desencadena inmediatamente hechos o incluso, los reemplaza.

Así, se cumple con lo que se denomina la condición performativa del habla, el hecho de hacer cosas con las palabras antes que referirse a las cosas mismas.

En las autoimágenes narcisistas se incluyen zonas profundas de la intimidad histórica del sujeto. Es por intermedio de las mismas y de sus transformaciones cuando se las comprende e interpreta que se produce la dinámica del proceso del cambio psíquico en el sujeto, a partir de lo cual podemos deducir, entonces, los elementos actuantes desde su propio inconsciente, determinante de su funcionamiento psíquico y de su destino.

Las autoimágenes narcisistas comienzan a tener existencia en un psicoanálisis cuando el analista las reconoce como tales y adquieren su estatuto pleno cuando la anteriormente no-nombrada, no-fecha, no-explicitada autoimagen, adquiere un papel etiológico determinante en una serie de acontecimientos y de trastornos ulteriores. Así, las autoimágenes narcisistas son inseparables del proceso de historización dado que permanecen mudas hasta que “*nachträglich*” se les permite hablar.

Real y efectivamente, estimo que el psicoanálisis representa una de las ciencias más significativas para la liberación de las amarras provenientes del enigmático poder repetitivo de la lógica de lo inconsciente. El reordenamiento de las autoimágenes narcisistas que esta lógica comanda a espaldas de la voluntad y de la razón en la vida anímica de los sujetos y de los pueblos posibilita deponer el lugar de un pasivo observador plañidero, cautivo de un prefijado y compulsivo destino herrumbrado, para acceder a ser, en gran medida, un autor responsable y activo de la propia biografía en un proceso de reescritura interminable.

Al decir de Miguel de Unamuno: “Procuremos más ser padres de nuestro porvenir que hijos de nuestro pasado [...]”. (Unamuno, 2015)

Manteca

P: *A mí la comparación de mi mujer me envenenaba. Yo era demasiado sensible a su opinión y a su mirada. Reaccionaba de mala manera, me ponía en su juego y no podía ponerme en la otra vereda como ahora.*

Le pregunto si esta situación le recuerda alguna escena vivida en su casa de origen.

P: *Sí. Creo que es un estigma en mi vida. Salvo en los últimos años que a mi papá le fue mucho mejor en los negocios. Antes, mi mamá lo comparaba con un ser flojo que se derrite con facilidad, le decía “sos una manteca”. Y ella nos transmitió que mi papá era un blando y esto nos provocó mucha inseguridad a mi hermano y a mí.*

Yo siempre tuve temor de ser burlado, de ser una manteca.

Mi mujer me sigue comparando con el ideal que tiene de lo que es para ella un hombre. Para ella, ese hombre es el macho, es un hombre de mano de hierro con guante de terciopelo. Además tiene que ser una persona desagradable e inteligente, exitosa en el trabajo y en los deportes, que aplasta y desprecia a los demás.

En cambio ser bondadoso lo ve como una debilidad, como una falta de carácter. Y ahora que lo comento, me estoy dando cuenta de que ahora no me importa tanto lo que piense mi mujer.

Yo era muy sensible y eso también lo vivía como ser una manteca. Blando es una palabra que siempre me dolió mucho cuando mi mamá se lo decía a mi papá. También le decía: “Sos como una violeta”, como aquél que no sabe defenderse aunque sea inteligente.

Le pregunto si blando tiene que ver también con la dureza del pene.

P: *Sí, también pero no es mi caso precisamente. Pero siempre fui dependiente de que piensen que intelectualmente soy un blando. Por eso se me ocurre que, de alguna manera, toda mi vida me destacó mucho en los estudios y en el deporte y hasta elegí hacer el servicio militar para asegurarme de que no era un blando para mí mismo y para los ojos de mi mujer.*

Mi madre jamás transmitió admiración alguna hacia mi padre y yo sentí la injusticia por él y sentí como que recaían en mí muchas expectativas de mi mamá y de mi papá y me llené con toda la responsabilidad de ser el que iba a traer el honor a la familia. Yo siempre sentí una competencia enorme. Quería mostrar que era el mejor de todos los primos hermanos. El que más éxito tenía que tener en el colegio y en los deportes. Siempre me sentí que tenía que dar más y más y no podía descansar; lo peor es que no me costaba mucho serlo.

Yo creo que usaba una suerte de talento solamente para mostrarles a los demás que era el más capaz, y al final no me quedaba nada para mí. Sólo me quedaba el sabor de ser el mejor pero para los ojos de los otros. ¿Se acuerda cuando en la primera sesión le dije que yo soy un currículum vitae pero no sé qué hay, y no sé si hay algo adentro? ¡Cómo envidio, en el buen sentido de la palabra, a la gente que se realiza en lo que le gusta! Un pintor, un maestro, un psicoanalista que disfruta de su compromiso con su profesión.

Siempre tuve un complejo de hacer de todo un poco pero nada a fondo.

Siempre tuve miedo de llegar a ser desenmascarado. Siempre me sentí como un tronco hueco; teniendo miedo que se vea mi interior gelatinoso. Por eso cuidé de mi corteza para que no se descubra mi inseguridad, mi blandura.

Y ahora que traigo todo esto y lo cuento me siento mejor. Me siento más sólido por dentro. Se me están yendo también los miedos que me llevaban a seducir a las mujeres para ser aceptado. Creo que viví mucho tiempo decepcionando a mis padres al casarme con mi mujer porque tampoco ella estaba a la altura de sus expectativas.

Le señalo que él no alcanzaba a aceptarse a sí mismo, y además que parecía ser que la palabra manteca funcionaba y funciona en su interior como un meridiano, como un Greenwich blando.

(Se ríe)

P: *Creo que mi meridiano pasaba por el medio de mi persona y me cortaba en dos. La palabra manteca es el grado cero de mi referencia. Todo lo que yo hacía era en más o en menos de la manteca-Greenwich.*

Considero que *manteca* es una de las representaciones figurativas que devela el sentimiento de sí de Agustín. Es una de sus autoimágenes narcisistas más significativas, a partir de la cual identifica al otro y lo promueve para que opere ante él. Es así que Agustín fomenta que sus pares funcionen como modelo, auxiliar u objeto. En cambio, promueve que su mujer asuma el lugar del brazo ejecutor de un rival agravante generando entre ambos un campo persecutorio, comandado además por el arsenal propio de las identificaciones y de los traumas no procesados del partenaire que se resignifican durante la comparación.

Pastel de chocolate y merengue

P: *Yo tengo una analogía de mi persona con unos pasteles que mi abuela belga preparaba en su casa y los llamaba: tète du noir. Este es un término despectivo, como decir cabecita negra y yo me sentía así conmigo mismo. Yo quería encontrar dentro de ese pastel un chocolate sólido con mucha manteca, un chocolate amargo, negro y lo que encontraba era merengue blanco. A mí el merengue me da una sensación desagradable, intolerable, me crispera el ruido que hace, es como el ruido de la tiza en un pizarrón. Yo siempre busqué algo sólido dentro mío y no lo encontré. El merengue es frágil, se rompe y no queda nada, se vuelve polvo. El tète du noir en la parte externa parece rico, también mi currículum vitae es muy rico, tengo un montón de títulos universitarios pero por dentro me desprecio a mí mismo.*

Siento que tuve fallas de solidez interna. Pero además de despreciarme, yo no sabía hacia dónde iba, no sabía quién era y lo que me gustaba. Siempre tuve esa duda.

Le señalo que observo que habla utilizando verbos en tiempo pasado.

P: *Sí. Yo lo siento como que este desprecio mío quedó en el pasado. Ahora hay secuelas. Me veo como otra persona. No es que no tengo nada de lo otro, lo otro lo veo más distante. Ya no tengo los mismos miedos y las mismas vergüenzas. Yo me autoimpuse esa estampilla de autodesprecio, otras me han sido impuestas.*

Le pregunto cuáles.

P: *Que soy un maniático, un obsesivo, un mandón. También que soy muy inteligente y muy, muy capaz. Que soy el mejor de los nietos y el mejor de los hijos. Yo fui el primer nieto para mis dos abuelos y siempre recayó sobre mí la mirada del heredero, del primero. También me pesaron mucho las comparaciones, siempre sentí la presión de tener que estar en el máximo nivel.*

Sexualidad y relación de dominio en el campo analítico: la amistad de transferencia

Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente [...] un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza.

Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica (Freud, 1918, p. 160).

Green (1996) sostiene que resulta notable comprobar cómo en la práctica clínica de los últimos años se asiste a la poca presencia de la pulsionalidad en los materiales clínicos que suele ser reemplazada por un cambio de paradigma: el que prefiere tomar como referencia la teoría de las relaciones de objeto, minimizando y hasta ignorando las manifestaciones sensuales y tiernas de la pulsión sexual y de las relaciones de dominio que se presentifican inexorablemente en el seno del campo analítico con niños, adolescentes y adultos.

[...]. Dos razones explican este estado de cosas. Por un lado, las indicaciones de análisis se desplazaron hacia pacientes más regresivos que los neuróticos, es decir, hacia estructuras no neuróticas (casos límite, personalidades narcisistas, caracteres patológicos, depresiones, síndromes psicosomáticos, etc.) donde el papel etiopatogénico de la sexualidad se ha tornado menos evidente. En cambio, la implicación de desórdenes referible al Yo es mucho más manifiesta y fue abundantemente estudiada. [...]. Por otro lado, [...], la sexualidad es menos ostensible porque los analistas, de un modo más o menos inconsciente, se ocupan de desdibujar su papel. Vale decir que, aún cuando esté presente en el material, en los fantasmas, los sueños, o la transferencia, el analista minimiza y hasta ignora esas manifestaciones, teniéndolas por contingentes o defensivas (Green, 1996, pp.672-673).

En consecuencia, se crea un baluarte “distráido” de la sexualidad y del poder que proviene de la colusión de las resistencias del analizante y de las contrarresistencias del analista, como si se hubieran puesto de acuerdo entre sí para no ver lo que pasa en lo profundo, en las capas más íntimas de la vida anímica, con

el carácter potencialmente traumático de la sexualidad humana y de las relaciones de dominio en la dinámica transferencial-contratransferencial.

Las categorías que usamos habitualmente para diferenciar en la situación analítica las formas de transferencia: (transferencia positiva, transferencia negativa y transferencia erótica) en realidad son descriptivas y se basan en los matices del amor y del odio. La categorización que propongo, en cambio, se fundamenta en las estructuras involucradas, distinguiendo la transferencia y contratransferencia narcisista de la edípica, y a ésta de la fraterna. Dentro de esta última, diferencio además a la amistad de transferencia-contratransferencia.

La amistad de transferencia, como contrapunto a la noción de amor de transferencia (Freud, 1915), es una transferencia positiva sublimada que favorece la alianza terapéutica. Se manifiesta en la dinámica del campo analítico en el seno de una atmósfera (*Stimmung*) afectiva confortable, tierna, distendida e intensa a la vez.

En efecto, en la amistad de transferencia tanto el analista como el analizante se sumergen en una entrega franca y profunda, preservando al mismo tiempo la asimetría funcional del proceso analítico.

En cambio, el vínculo afectivo que comanda al amor de transferencia tiene la naturaleza de un enamoramiento compulsivo, tenso y desafiante con aspectos plenamente sensuales y hostiles inconciliables con la tarea del análisis que no vacila en llevarlo a un dilema sin salida.

En el amor de transferencia el analizante reproduce de manera palpable como algo presente el vínculo inconsciente de su historia íntima en vez de recordarla.

[...] El amor del paciente no se conforma con obedecer; se vuelve exigente, pide satisfacciones tiernas y sensuales; reclama exclusividad, desarrolla celos y muestra de manera cada vez más íntima su otra cara, la prontitud para la hostilidad y la venganza cuando no puede alcanzar sus propósitos. Al mismo tiempo, como todo enamoramiento, esfuerza hacia atrás los demás contenidos anímicos, extingue el interés por la cura y por el restablecimiento; en suma: no podemos dudar de que se ha reemplazado a la neurosis y nuestro trabajo ha tenido por resultado suplantarse una forma de enfermedad por otra. (Freud 1926 a, p. 211).

Mientras que por lo general el analizante ha vivenciado el arquetipo del amor de transferencia en su infancia, en el vínculo con uno de sus progenitores, en la amistad de transferencia se pone de nuevo en escena (*aufführen*) una anti-

gua pieza correspondiente al vínculo exogámico con los amigos y compañeros de la infancia y adolescencia en sus connotaciones tanto positivas como negativas, abriendo desde aquí el camino hacia la historización de los fundamentos infantiles y adolescentes en el analizante relacionados con los afectos y representaciones ligados a la temática de la amistad.

Brun (2004) subraya la pasión de las amistades en la infancia y sus efectos resignificados en las relaciones intersubjetivas a lo largo de toda la vida y en la persona del analista.

[...] Estos vínculos anudados en la infancia dejan huellas duraderas. ¿Quién de nosotros deja desaparecer de su memoria al o a los personajes de estos primeros años de aprendizaje de la vida? Con el tiempo, uno se da cuenta que guían ciertas elecciones posteriores y que los modos en que se interrumpen se vuelven a encontrar en otras rupturas.
[...] las reacciones de los chicos a la pérdida de sus camaradas tienen el valor de un acto psíquico. [...] sus efectos [...] quedan disponibles para el resto de la vida. [...]. Como una llama que se hubiera apagado provisoriamente, se ve actualizarse bajo un nuevo impulso [...] el recuerdo de amistades perdidas [...], una circunstancia reciente que produce un afecto comparable a aquel del acontecimiento infantil, o bien un sueño [...] hacen resurgir el recuerdo de los amigos de la infancia perdida. *Y los juegos de poder en la amistad suelen desplazarse más adelante en sustitutos o en el psicoanalista.* (Brun, 2004, pp. 1081-1082, la cursiva es mía)

La búsqueda y necesidad de un amigo investidas sobre la figura del analista en la dinámica transferencial se fundan en el encuentro con un otro exogámico, con un “extranjero” confiable y complementario en una relación signada por la presencia de una entrega recíproca; el amigo asume el lugar de un doble aliado que opera en flagrante oposición a la lógica trágica, pues ésta se halla comandada por un doble ominoso que subyace en la dinámica de la lucha narcisista, fraterna y edípica, en la que el otro es investido e identificado como un enemigo o rival originando fratricidios, filicidios y parricidios relatados desde los albores de la historia de la humanidad.

El amigo, en consciente e inconsciente contraste con el hermano, con quien subyace una tensión suscitada por las rivalidades infantiles, no busca homogenizar al otro en la imagen propia, sino poder alojarlo con confianza en tanto extranjero. La presencia del amigo revela, en definitiva, la irreductibilidad de apoderamiento de la alteridad del otro y, parafraseando a Freud, podríamos ase-

verar que en la amistad se trata de poder triunfar allí donde el paranoico fracasa.

También podríamos señalar que en la situación analítica el analista investigado con la figura del amigo se irá convirtiendo en las sucesivas fases del proceso analítico en una presencia confiable y leal, capaz de sobrevivir al ejercicio de destrucción imaginaria a la que la someten el amor-odio y la pulsión de dominio en la dinámica transferencial-contratransferencial del campo analítico.

Por todo ello considero importante no descuidar el valor heurístico de la instrumentación del concepto de la amistad de transferencia en el proceso analítico que se caracteriza por “[...] el trabajo activo que realiza el analizando cooperando con el analista: un esfuerzo de sinceramiento hasta el límite de lo posible; de escucharlo al analista y decirle tanto “sí” como “no”, dejarse regresar y progresar [...]” (Baranger, Baranger, Mom, 1982, p. 545).

En efecto, la amistad de transferencia opera como un indicador clínico particular que se manifiesta cuando se genera una atmósfera de intimidad, confianza y franqueza profundas en el campo dinámico entre analizante y analista y suscita, como consecuencia, hacer conscientes ciertos deseos reprimidos y escindidos que por dolor, culpa o vergüenza habían sido acallados secretamente, al infligirle al analizante una intolerable vejación psicológica.

La dinámica fluctuante de la amistad de transferencia suele marcar dentro de las diversas fases de un proceso analítico la apertura de un acceso: la aventura de inmersión en las raíces más íntimas de nuevos aspectos de la verdad histórica del sujeto. Se trata de un momento puntual, en el que suele manifestarse con coraje y franqueza la parresía.

Foucault (2010) rastreó en la literatura y la filosofía grecorromanas una función, la “parresía” y una posición del sujeto, el “parresíastés”, caracterizadas por “una relación específica con la verdad a través de la franqueza”, cuyo efecto es la crítica y autocrítica, y cuyo costo es el riesgo individual. Este término está tomado del griego: *pan rhema*, y significa literalmente “decirlo todo”; por extensión, “hablar libremente”, “hablar atrevidamente con franqueza”, sin medir el peligro.

La parresía (traducida en lenguas romances como “el hablar francamente” y al latín como la *libertas*), es exactamente la antiadulación, en el sentido de que alude a quien habla con apertura y con confianza a otro de tal manera que a través de éste pueda, a diferencia de lo que ocurre con la adulación, constituir una relación consigo mismo que sea autónoma, independiente, plena y satisfactoria.

El juego de la *parrhesia* se establece a partir de una suerte de pacto en el que intervienen simultáneamente dos corajes: “[...] el coraje de la verdad en quien

habla y asume el riesgo de decir, a pesar de todo, toda la verdad que concibe, pero es también el coraje del interlocutor que acepta recibir como cierta la verdad ofensiva que escucha”. La práctica de la parresía se opone al arte de la retórica. (Foucault, 2010, p.32).

Considero que la presencia de la amistad de transferencia y de sus diferentes oscilaciones revela el vencimiento de la presión del juego intrincado de las resistencias del analizante y de las contrarresistencias del analista, que obstaculizan la progresión de la búsqueda libre, comprometida y valerosa del conocimiento del sí mismo en la dinámica del campo analítico y propicia un aumento en la empatía psicoanalítica (Bolognini, 2004).

Considero significativo destacar que cuando la amistad de transferencia se manifiesta en el proceso analítico, el analista, por más que sea investido como un amigo confiable y franco, no responde en acto a las demandas de satisfacción de amistad del analizante, si bien sí existe el riesgo de que se difuminen las fronteras de su asimetría funcional como analista, para diluirse en un plano de “compinche” o “compañero de ruta”, socavando entonces los fines del psicoanálisis. Es en este sentido cuando la amistad de transferencia puede devenir en un obstáculo y no en un estímulo significativo que permite el despliegue de una intimidad más profunda en la atmósfera afectiva e ideativa del campo de la transferencia y contratransferencia positivas.

Por ese motivo, resulta esencial no confundir a la amistad de transferencia con una transferencia amistosa idealizada y aduladora, en la que se escinde el peso ejercido por la sexualidad y su imbricación con las relaciones de dominio. Además, se requiere tomar en cuenta el peligro que esta transferencia se cristalice y se torne entonces defensiva, encubriendo la dinámica de las otras transferencias tanto positivas como negativas: narcisistas, edípicas y fraternas que suelen manifestarse de un modo ineluctable durante las diferentes fases de un proceso analítico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baranger, W.; Baranger M.; Mom, J. M. (1982). Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis* (Tomo XXXIX, n° 4).
- Baranger, M. (1992). La mente del analista: de la escucha a la interpretación. *Revista de Psicoanálisis* (Tomo XLIX, n°2).
- Bolognini, S. (2004). *La empatía psicoanalítica*. Buenos Aires: Lumen.
- Brun, D. (2003). La pasión en la amistad. *Revista de Psicoanálisis*. (Tomo LX, n° 4).
- Dorey, R. (1986). La relación de dominio. *Libro Anual de Psicoanálisis*.
- Derrida, J. (2008). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Foucault, M. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Barcelona: Paidós.
- (2010). *El coraje de la verdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1988[1909]). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En: *Obras completas* (Vol. X). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1982[1910]). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En: *Obras completas* (Vol. XI). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1988[1914]). Recordar, repetir y reelaborar. En: *Obras completas* (Vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1986[1914]). Introducción del narcisismo. En: *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En: *Obras completas* (Vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1975[1918]). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En: *Obras completas* (Vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1988[1926a]). ¿Pueden los legos ejercer el análisis?. En: *Obras completas* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1988[1926b]). Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith. En: *Obras completas* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Goethe, W. (2000). *Las afinidades electivas*. Madrid: Alianza.
- Green, A. (1996). Apertura para una discusión sobre la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo. *Revista de Psicoanálisis* (Tomo LIII, n°3).
- Kancyper, L. (1990, octubre). Desidealización y cambio psíquico;

- sus relaciones con el resentimiento y el remordimiento. En: XVIII Congreso Interno y XXVIII Simposio: Cambio psíquico. Desarrollo en la teoría de la técnica. Asociación Psicoanalítica Argentina
- (2003). *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*. Buenos Aires: Lumen. *Jorge Luis Borges o la passione dell'amicizia*. Roma: Borla, 2006.
- (2010). *Resentimiento terminable e interminable*. Buenos Aires: Lumen
- (2014). *Amistad, una hermandad elegida*. Buenos Aires: Lumen.
- Kereny, I. (1999). *Los dioses de los griegos*. Caracas: Monte Avila.
- Miguel, L. (2010). *Astillas en el tiempo*. Buenos Aires: Letra viva.
- Pontalis, J.B. (2011). Palpar. En: *Al margen de las noches*. Buenos Aires: Paidós.
- Resnik, S. (1977). Acerca de la depresión narcisista. *Revista de Psicoanálisis*, (Tomo XXXIV, n°1).
- Unamuno, M. de. (2015) PressReader - Revista *Ñ*: 2015-01-17 - Miguel de Unamuno. Primer párrafo. www.pressreader.com/argentina/revista-ñ/20150117/2811573764084499